

tores de libros y directores de periódicos de Polonia tan pronto lee algo que no le agrada. En parte a causa de Pilotovich, las novelas del famoso autor polaco Joseph Conrad han sido censuradas para eliminar de ellas los comentarios adversos a los rusos, aunque se preferían al período zarista.

Los millones de habitantes de la Europa oriental tienen buenas razones para sentir que viven dentro de la prisión más grande del mundo. Son muy pocos los que llegan a saber cómo es Occidente, como no sea a través de emisiones del exterior cuando lo permiten las estaciones soviéticas de interferencia. Es casi imposible conseguir periódicos extranjeros, y está vigilado el correo en ambos sentidos. Los que logran un permiso de salida, rara vez pueden viajar acompañados de su familia. La situación de los habitantes de la Alemania del Este es tal vez la más penosa: sus televisores pueden captar fácilmente los programas de la Alemania Occidental; posiblemente el setenta por ciento de ellos sintonizan todas las noches algún canal de Occidente. Sin embargo, a casi ningún alemán oriental de menos de 65 años se le permite salir.

La mayoría de los moradores de la Europa oriental ha tenido que aprender a vivir en la realidad presente, la soviética. Después de todo, hace sólo nueve años que las fuerzas rusas entraron con sus carros en Praga. Los húngaros recuerdan cómo su grito de libertad fue ahogado en sangre en 1956,

y los polacos no han olvidado que cuando estuvieron a punto de sublevarse aquel mismo año, las tropas soviéticas estaban dispuestas a marchar sobre Varsovia. Para los alemanes del Este, la presencia de veinte divisiones soviéticas en su suelo es un recordatorio de quién es el que manda.

En 1975 hubo un soplo de esperanza en los pueblos de la Europa oriental tras los acuerdos de Helsinki, según los cuales los comunistas accedieron renuenteemente a permitir una más libre corriente de información a través de sus fronteras, y más viajes entre el Este y el Oeste. Desde entonces, más de cien mil habitantes de la Alemania Oriental han presentado solicitudes oficiales de emigración. En Polonia, 59 educadores, científicos y escritores firmaron y distribuyeron un manifiesto pidiendo libertad de religión, de trabajo, de palabra y de educación.

Pero esos destellos de inquietud no pueden cambiar la áspera realidad del poder en las naciones satélites. Rusia no ha cumplido casi ninguno de los compromisos que contrajo en Helsinki de permitir mayor libertad, y las múltiples peticiones y protestas no han podido lograr que los soviéticos aflojen la férrea tenaza que sujeta a sus países vasallos. La triste realidad es que, en un futuro previsible, esos tres grandes edificios de Moscú continuarán proyectando su negra sombra sobre los millones de seres sojuzgados de la Europa oriental. ***

NACIDA PARA EL PIANO



*Esta diminuta
maga del piano,
que rehúye la fama,
deslumbra a los amantes
de la música en todo
el mundo*

Por RAÚL VÁZQUEZ DE PARGA

PASEANDO por la Séptima Avenida neoyorquina, la mujer observa algo que le hace sentir un hormigueo de alarma. Vuelve la cabeza y se tapa los ojos. Después de dar unos pasos, suspira aliviada. ¿Qué ha visto Alicia de Larrocha? Solamente un cartel en el Carnegie Hall que anuncia su recital y la enaltece como una de las pianistas más solicitadas y aclamadas.

Escapar de su propia publicidad es una de las medidas de supervivencia utilizadas por esta eximia artista española, nacida en los años veinte. Otra estratagema consiste en desaparecer del escenario, momentos después de tocar la última nota, para no oír el estruendoso aplauso que sigue a sus actuaciones, desde Tokio a Durban o a San Francisco.

«La fama me asusta», dice. «Me

gustaría que la gente no armara tanto alboroto por mí.

¡Y qué alboroto! Desde que Alicia de Larrocha empezó a destacar, esa etiqueta feminista, «la mejor mujer pianista», ha resultado un anacronismo. «Mencionarla del mismo modo que a Rubinstein o a Horowitz no produce ninguna sorpresa», según afirma la revista norteamericana *Newsweek*.

Aunque ella lo niega, Alicia de Larrocha ha sido una figura clave en el creciente interés mundial por la música española. En todas partes, el público pide con estruendo sus interpretaciones de obras de Manuel de Falla, Isaac Albéniz y Enrique Granados. Su álbum de la *suite* «Iberia», de Albéniz, le valió el Grand Prix du Disque, de Francia, y un premio «Grammy», el «Oscar» de la industria discográfica estadounidense. Pero debido a su rico repertorio no está considerada como especialista española. Su álbum *Mostly Mozart* («Principalmente Mozart») es tan popular en los Estados Unidos que se le ha unido un segundo volumen, y un tercero está en camino.

A pesar de haber sido una niña prodigio, Alicia de Larrocha no logró fama mundial hasta hace relativamente poco. Ahora, el mundo no la deja en paz. Tiene firmadas actuaciones hasta 1980. Cien veces al año aparece en recitales y conciertos por todo el globo —la mitad en los Estados Unidos— y llena los intervalos con sesiones de grabación de discos.

Por muchas razones, Alicia de Larrocha resulta una deslumbrante contradicción. Es una figura diminuta, de 1,46 metros de altura, que, para llegar a los pedales, tiene que poner las piernas casi rectas mientras se recuesta, más que se sienta, en el taburete del piano. Pero cuando se lanza a las sonoras obras de Rachmaninoff y Albéniz, las vigas tiemblan. Harold Schonberg, decano de los críticos musicales norteamericanos, comenta: «Esta pequeña española es pianísticamente perfecta. No hay, en efecto, nada de femenino en su estilo. Toca con la fuerza de cualquiera de sus colegas masculinos».

La artista no comparte la idea de que los dedos largos y delgados sean un requisito para tocar el piano. Los suyos son cortos y gordos. Sin embargo, pasan como una brisa por los masivos acordes de algunas de las obras más difíciles de Liszt. Mientras toca la *suite* de Albéniz «Iberia» con la velocidad de un rayo, su mano derecha relampaguea por el teclado para ayudar a la izquierda a pulsar la tecla lejos de su alcance; luego vuelve a su sitio en un abrir y cerrar de ojos. Con una mano puede tocar dos teclas inalcanzables con tanta rapidez que suenan como si se hubieran pulsado simultáneamente.

Debido a los constantes y dolorosos ejercicios de extensión, sus pequeñas manos tienen elasticidad suficiente para abarcar diez notas (Van Cliburn y Rubinstein pueden cubrir doce.) Está orgullosa de las

gruesas capas de callos en las puntas de los dedos. «Si no tuviera callos», dice, «sabría que no estaba poniendo suficiente interés». Alicia de Larrocha lo pone de verdad. Varias veces se ha quedado encerrada en las salas de ensayo —una vez pasó tres horas golpeando la puerta del Centro Kennedy, de Washington— porque estaba demasiado absorta en el teclado para pensar en la hora de cierre.

El piano ha sido toda su vida. Empezó en Barcelona, donde nació el 23 de mayo de 1923. Era la tercera de los cuatro hijos de Eduardo de Larrocha, agente editorial, y de María Teresa de la Calle. Curiosamente, la casa de la familia estaba cerca de una calle dedicada a Granados.

Aunque los de Larrocha no tenían piano, había uno en el piso de al lado, en casa de una tía de Alicia, Carolina de la Calle, profesora de piano. La pequeña se sintió atraída por él como por un imán casi desde el momento en que pudo dar los primeros pasos. Un día, después de que una alumna terminara la lección, Alicia se lanzó hacia el piano. Momentos después, tía Carolina se quedó asombrada al oír las primeras notas de la «Canción de Primavera», de Grieg, la obra que la estudiante acababa de practicar. Los diminutos dedos de Alicia revoloteaban a través del teclado, tocando todas las notas correctamente. Sólo tenía veintiséis meses.

Poco después de su tercer cumpleaños, Alicia tuvo una audición

con Frank Marshall, director de la Academia Marshall de Música, donde enseñaba tía Carolina. El principal discípulo de Granados quedó maravillado. «No la fuercen», ordenó a su equipo, y le puso como límite una lección de cuarenta minutos a la semana. Adaptó los ejercicios rutinarios para que encajaran en la capacidad de una niña tan pequeña y para lograr que los conocimientos fundamentales resultaran divertidos.

Aunque por Barcelona se corrió la voz del fenomenal prodigio, Marshall se negó a convertirla en un espectáculo. Dos años y medio después, una semana antes de cumplir seis años, Alicia fue presentada a un público limitado. Su perfecta interpretación de obras de Bach, Mozart y Granados impulsó al crítico musical de *La Noche*, Rafael Moragas, a confesar que no podía encontrar palabras para describirla. «Averígüenlo e hincen los que estudian misterios», dijo.

Cuando Alicia tenía siete años conoció a Artur Rubinstein. Después de oírla tocar un nocturno de Chopin e improvisar luego un poco, se sintió dominado por la emoción y la estrechó entre sus brazos. Hoy, el maestro, que cuenta noventa años, dice: «Alicia de Larrocha fue uno de los pocos niños prodigios auténticos que he conocido».

A los once años, la joven hizo su triunfal presentación con la Orquesta Sinfónica de Madrid. Pero Marshall seguía impulsándola

con precaución. Estaba limitada a sólo unas pocas apariciones al año hasta la adolescencia; luego se le daría más amplia exposición.

Hasta que tuvo veinticuatro años, la joven no se aventuró fuera de España; instantáneamente conquistó admiradores en Edimburgo, Ginebra, París y Londres. Su principal admirador era el pianista barcelonés Juan Torra, con el que contrajo matrimonio en 1950.

Mientras tanto, Marshall estaba preparando a Alicia de Larrocha para que le sucediera como intérprete definitivo de Granados. De este modo estaría asegurada por otra generación la fiel reproducción de una obra maestra como «Goyescas». Había pocos candidatos a este honor. El delicado colorido y las complicadas notas de Granados atemorizaban a más de un buen pianista.

Para delicia de Marshall, Alicia captó perfectamente la vitalidad y alegría de la música. Mercedes Roldós, subdirectora de la academia, comenta: «Alicia es la nieta musical de Granados». Este linaje se hizo aún más firme en 1959, cuando Marshall murió y Alicia de Larrocha se convirtió en el tercer director de la escuela que había fundado Granados.

Ser administradora, profesora y madre —de Alicia, que tiene ahora dieciocho años, y Juan Francisco, de veinte— significaba una vida relativamente tranquila. Seguía deleitando a los públicos de Europa, pero el resto del mundo no venía a llamar a su puerta. Para

los músicos, la fama no llega hasta que se conquistan los Estados Unidos. Aunque la dama logró entusiastas críticas en sus dos apariciones allí a mediados de los años cincuenta, no hubo más ofertas para cruzar el Atlántico.

A Alicia de Larrocha no parecía importarle esta indiferencia, y no hacía nada por conseguir más contratos en los Estados Unidos. Pero, en 1965, el agente neoyorquino Herbert Breslin quedó electrizado por su grabación de «Iberia», de Albéniz. «Nunca había oído antes esta música interpretada de forma tan bella», recuerda. Al saber que Alicia deseaba regresar a Norteamérica, la contrató para las mejores salas de conciertos, empezando en el Lincoln Center con la Filarmónica de Nueva York.

Desde entonces, los norteamericanos aficionados a la música se agolpan para oír la tocar. En 1976 tuvo cincuenta actuaciones de costa a costa. «Si puede volar miles de kilómetros para oír la, bendiga a su estrella por haber tenido esa oportunidad», escribió un crítico norteamericano.

Sólo puede ver a su familia en las breves escalas en Barcelona. Aunque a sus dos hijos les gusta la música, ver a su madre viajando constantemente les ha desanimado a seguir una carrera musical. Su marido, sin embargo, no tiene queja alguna. Inmediatamente después de su matrimonio, Torra abandonó su propia carrera de concertista y volvió a enseñar mú-

sica. «Comprendí», dice, «que sólo había un verdadero pianista en esta familia». Ha animado a su esposa a salir a conquistar el mundo de la música. En marcado contraste con ella, resplandece de orgullo con sus triunfos, y admite con sinceridad que la belleza de sus interpretaciones le llena los ojos de lágrimas.

Alicia de Larrocha ha evitado siempre leer las críticas que hablan de ella. Si sabe que *The Washington Post* la ha calificado como «uno de los grandes maestros, no sólo del piano, sino de la música», es porque su marido se lo ha con-

tado. Retirado ahora de la enseñanza, colecciona recortes de prensa sobre su mujer y otros recuerdos, y los almacena en archivadores.

«Cuando termine esta vida de conciertos, leeré las críticas e invitaré a todos los críticos a tomar una copa», dice Alicia de Larrocha. Sería un amable gesto. Pero los críticos, así como millones de aficionados a la música, esperan no ver nunca el día de su retirada. Quieren seguir disfrutando del embriagador néctar que ofrece cada vez que sus dedos tocan el teclado.



LA DEPENDIENTA estaba empeñada en que yo comprara un abrigo de piel de imitación, que, según ella, me sentaba muy bien y me hacía parecer más delgada. La prenda se veía enorme, espantosa y pesaba una tonelada. En mi apuro me volví a ver a mi marido, pero fue nuestro hijo, de cuatro años de edad, quien salvó la situación. «Mamá, ¡está precioso!», exclamó: «¡Te pareces a un gorila!»

EL AUTOR André Chamson, al ser preguntado si le impresionaba la actual oleada de pornografía, respondió: «Me asombra pensar que nuestros jóvenes necesitan esa clase de estímulos. Personalmente, creo que las cuestiones sexuales deberían restringirse al igual que se sujeta a un caballo desbocado, en vez de azotarlas hasta la muerte, como a un viejo penco que se arrastra por la carretera».

—F. de Comberouse en *France-Soir*, París

SIR VIVIAN Fuchs, antaño jefe de las expediciones británicas a la Antártida, hoy retirado, asistía en Londres a una conferencia sobre la medicina de la exploración, en la cual algunos técnicos hablaron eruditamente del reflejo del sol en la nieve y de gafas protectoras. El presidente de la reunión le preguntó su parecer a Fuchs, que acababa de regresar de una expedición transantártica.

«Pues, sí», respondió el explorador modestamente, «entré en una tienda de Woolworth y me compré unas gafas oscuras».

—D.L.